



CAPITULO III

El General Díaz como Dictador

El Chancletismo y el "magister populi"

Todos los enemigos de la Dictadura, la han juzgado desde lo alto de una montaña de imbecilidad. Se la reprobaba que no hayan funcionado Cámaras Legislativas verdaderamente independientes, que no haya fulgurado un Poder Judicial justiciero, que no se haya respetado el sufragio popular, infalible y universal, que no se haya satisfecho la libertad de la prensa y del libelo, que los Estados no hayan conservado íntegra su soberanía, y, sobre todo, que el general Díaz se haya "reelegido" siete veces, y mostrado un apego al poder, de ostión al agua salada. En una palabra, se le acusa de lo que no pretendió ser, de lo que la nación no quiso que fuera, de lo que la opinión pública, escéptica en materia de democracia, no le haya pedido verbenas demagógicas. Se le acusa de no haber sido Presidente Constitucional de una República imposible, que ni siquiera existía en la imaginación de los republicanos, porque nunca habían entendido la república, ni la libertad, ni la democracia.

La imbecilidad se muestra en creer posible que la forma de gobierno de un país, dependa de la voluntad de un hombre. La forma de gobierno depende exclusi-

va e indeclinablemente de la forma del pueblo. Largo tiempo lleva la sabiduría de las naciones de haber anunciado la gran verdad de aspecto eterno: "Los pueblos tienen los gobiernos que merecen." Careciendo México de clase gobernante, por ser proletaria la más ilustrada y la única de acción, su ley política es muy conocida y es la que inexorablemente ha regido a Perú, Venezuela, Ecuador, Colombia, Centro América: pasar de la dictadura a la anarquía causada por las facciones, y pasar de las facciones a la dictadura. De donde se deducía ya en 1880, que el único gobierno orgánico en México era el dictatorial.

Una foca no discurriría como el chancletismo intelectual, declarando penco a un caballo excelente, porque no reúne las relevantes prendas que realzan a un notario consejero de familias ricas. Deturpar y condenar al general Díaz por no haber ejecutado lo imposible: ser Presidente demócrata en país de esclavos, sobrepasa a lo permitido en estupidez. Los teólogos no se ocupan lo que debieran en política, para enseñar que Dios hizo al hombre, demócrata cuando está abajo, y monócrata cuando está arriba. Todos los naturalistas que han estudiado el Cosmos, ven que el rayo se ha hecho para herir y no para recibir palizas, que los peces grandes viven gracias a que se comen a los chicos, que todos los hombres que aprenden a leer y escribir quieren mandar y todos los que mandan quieren que perpetuamente se les obedezca. Los naturalistas han visto que la roca colocada más alto aplasta a los que están debajo. Las verdaderas democracias nunca han existido. Antiguamente, los amos del pueblo se llamaban descaradamente amos, y en la actualidad siguen de amos con el nombre de servidores de los pueblos, a los que se ha convencido de que están haciendo con gracia y facilidad lo que no pueden, gobernarse a sí mismos. Una democracia moderna de carne y hueso, es un equilibrio entre diversos amos bastante hábiles para no dejarse amarrar por el más águila. El primer ensayo serio de democracia, rendido el desastre bolshevista y la humanidad

tiembla ya con la soberanía del pueblo. En Rusia, todos prefieren en estos momentos un gobierno no aristócrata, pero tampoco de puro y limpio peladaje.

Se me puede objetar que nadie niega que en las llamadas democracias modernas los gobiernos obedecen a la opinión pública. ¿Pero, qué cosa es la opinión pública si no es la opinión de los amos del público? Fabrican la opinión pública, los periodistas con sus mentiras, sus *chantages*, sus falsas doctrinas, sus exageradas y viciosas informaciones y con el poder sugestivo que para los bobos, dueños de la fuerza muscular del mundo, tiene la letra de molde.

Copio del libro de Eduardo Prado, "La Ilusión Yankui," página 131, el siguiente precioso documento:

"Brindis por la Prensa Independiente de Mr. John Swinton, antiguo redactor de *The Tribune* y *The Sun*.

"No hay en los Estados Unidos algo que pueda llamarse una prensa independiente, si no es en las ciudades de escasa importancia. Vosotros lo sabéis y yo lo sé. Ninguno de vosotros se atreve a manifestar una opinión honrada. Si lo hacéis, de antemano estáis seguros de que ésa no se publicará. Yo recibo ciento cincuenta dólares a la semana, por no llevar mis opiniones honradas al periódico en que escribo. Algunos de vosotros reciben una compensación semejante por un servicio semejante. Si yo permitiera que una edición de mi periódico sacara a luz opiniones honradas, antes de 24 horas, como Otel, mi ocupación habría terminado. El individuo que fuera tan insensato que se ocupara de escribir opiniones honradas, se vería en medio de la calle en busca de otro oficio. El del periodista de New York, consiste en deformar la verdad, en mentir descaradamente, en pervertir, en envilecer, en hacer gracia a los pies de Mammon, y en vender a su país y a su raza, a cambio del pan de cada día, o lo que es igual, de su salario.

"Vosotros sabéis esto y yo lo sé. ¡Qué insensatez brindar por la prensa independiente! Somos instrumentos, vasallos de ricos que están detrás de un biom-

bo. Somos monos saltarines. Ellos tiran de la cuerda y nosotros bailamos. Nuestro tiempo, nuestra vida, nuestro porvenir, todo pertenece a esos hombres. Somos prostitutas intelectuales." (1895.—Banquete de la Asociación de la Prensa de Nueva York.) Este brindis no fué impugnado por los presentes.

Mr. Lester F. Ward en su "*Pure Sociology*," página 487, dice: "El periódico es simplemente un órgano de engaño. Todo gran periódico es defensor de algún interés, y cuanto dice va directa o indirectamente encaminado a sostener ese interés."

En México, donde aun no cristaliza un fuerte poder plutocrático, la opinión pública la fabrican las medianías del proletariado intelectual. ¿Quién derrocó al general Santa-Anna? No fueron las batallas ganadas por héroes homéricos, sino el proletariado intelectual. ¿Quién derrocó a Porfirio Díaz? Fueron los mismos, sin más diferencia que en 1909 se llamaban Batalla, Barrón, Mata, Sarabia, y toda la terrible legión.

El general Díaz no puede ser culpable de haber empeñado en México, un cargo que exigía fisiológicamente el organismo nacional. Responder a noble y legítima necesidad de vida o muerte para un pueblo, sacrificándose, si es posible, hasta cometer actos de bandido, no puede ser de ninguna manera agravio sangriento y diabólico para ese pueblo. Si el sacrificio por la patria ha llegado hasta entregar el honor, todos menos la patria tienen el derecho de condenar al patriota loco o santo. El general Díaz ante la moral, la religión, la ciencia, el patriotismo y la historia, sólo puede ser culpable de haber sido mal dictador; y es la cuestión que voy resolver.

Las obligaciones de un buen dictador, son: dar paz sólida al país, capaz de tranquilizar las conciencias gravemente estropeadas por la anarquía; dar seguridad a todo el pueblo contra las empresas de los malhechores del orden común; hacer justicia de Califa; dotar a la nación de una buena administración pública; procurar un progreso económico que determine gran

bienestar material en la sociedad, particularmente en las clases populares.

Si se trata de procesar al general Díaz, por haber barrenado la Constitución de 57, no cumpliendo con sus deberes de caudillo de la libertad y la democracia, confieso leal y honradamente que merece los mismos anatemas, las mismas maldiciones, los mismos suplicios, la misma execración de los demócratas que no existen en México, que el Presidente don Benito Juárez, ese otro impúdico violador de la Constitución de 57, en beneficio de su satiriasis reeleccionista. Eso de que en México Juárez gobernó democráticamente, está bueno para embaucar al medio pelo social. Aun cuando Juárez hubiera querido, no habría gobernado democráticamente, siendo la Constitución de 57 el "Dromedario de las cincuenta y siete jorobas."

Ningún gobernante de México ha gobernado democráticamente, por la sencilla razón de que el pueblo mexicano no es demócrata, pues la democracia es todo acción popular y no de caudillo, prócer, apóstol, militar brutal o licenciado trapacero. Un pueblo que necesita permiso del Presidente de la República para ejercer su soberanía, es menos soberano que un carnero ante un coyote. Esta verdad será aceptada mexicanamente, cuando suba nuestra civilización hasta ser capaces de tener conciencia política e historia, patria. Lo que designamos por historia, no es más que un papel con el cual las facciones pretenden limpiarse de suciedad y de crímenes, y hartarse de glorias que, analizadas, resultan úlceras.

El único gobernante que se esmeró en gobernar con una Constitución, muy superior a la del 57, fué el general don Mariano Arista. El único seudopartido decente que ha querido de buena fe gobernar con una ley de médula mexicana, representativa de la vida nacional política, ha sido el moderado. Desde 1848 hasta 1853, en que gobernaron los irreprochables de la Peña y Peña, Herrera y Arista, el país, con sus pulmones ya de tísico, respiró el olor de la salud patriótica. El ré-

gimen sano y dulce de los moderados que reunían las más altas superioridades de la nación, fué barrido por las facciones, la roja, la verde, la amarilla, la negra, la aristocrática, la democrática, la piojosa; a ninguna convenía la honradez, el orden, el culto del deber y el respeto a la justicia.
